

Esmalcalda fué numerosa. Los protestantes contaban en ella al elector de Sajonia, al landgrave de Hesse, á los duques Ernesto y Frantzo de Luneburgo, al duque Ulrico de Wurtemberg, á los príncipes de Anhalt, Volfio, Jorje y Joaquin, á los condes Gebhard y Alberto de Mansfeld, á los condes de Nassau y Reichlingen, al duque Enrique de Mecklemburgo, á los príncipes Ruperto de Dos-Puentes, y Felipe de Grubenhagen. Fueron igualmente Lutero, Melanchton y Bucero. En vano trató de conciliar los ánimos, y hablar de paz en la dieta el vice-canciller del imperio, Matías Held; fueron inútiles sus esfuerzos: disolvió pues la dieta, mandando que se observase la tregua firmada en Nuremberg hasta la celebracion del próximo concilio general, al que deseaba asistir en persona el emperador. Pero los príncipes protestantes no querian concilio; y levantaban mil dificultades sobre el sitio donde habia de reunirse. Lutero, que tanta indiferencia habia afectado hipócritamente en su entrevista con Vergerio, se propasó en esta ocasion á dar salida á sus hostiles sentimientos. En un folleto que escribió en su lecho, ya casi moribundo, y que intitulaba: *Contra el Pontificado, fundado por el diablo*, decia: « ¡Un concilio! ¿qué os parece? Bribones, que no sabeis ni lo que es un obispo, ni César, ni aun Dios mismo, ni su Verbo. — ¡Papa! tú eres un burro, y burro morirás. »

20. La liga protestante de Esmalcalda habia llegado á ser formidable. Habia puesto en pié de guerra cien mil hombres de tropas, que dueñas del Danubio oponian un inexpugnable baluarte á todas las fuerzas del imperio. « Hay que extrañarse, » dice el Sr. Palma, de que un príncipe de ingenio tan penetrante como era Carlos Quinto, que disponia de inmensos recursos, no hubiese tomado desde un principio las medidas necesarias para precaver los funestos resultados de la liga de Esmalcalda é impedir armamentos que hubiera sido mas fácil disolver al principio que vencerlos al fin. Pero habiendo perdido tiempo en sus expediciones militares contra la Francia, dejó tiempo á los príncipes luteranos para que concentrasen sus fuerzas. Cuando pensó en atacarlos ya no

» tenia ni el vigor ni la salud de su juventud. Sus tesoros agotados no podian abastecer los gastos de una nueva guerra. Sin embargo sus armas alcanzaron todavía una gloriosa victoria. En la batalla de Mulhberg, año 1547, destrozó al ejército de Federico, elector de Sajonia, el declarado protector del protestantismo, y obligó á este príncipe á abdicar por sí y por sus descendientes la dignidad electoral. Este acto de energía consolidó el poder y autoridad de Carlos Quinto en Alemania, y puso coto á la influencia de la herejía, hasta entonces mas y mas pujante (1). »

21. En medio de estas sangrientas luchas originadas por sus doctrinas murió Lutero. Sus últimas expresiones fueron blasfemar contra la Iglesia. « ¡Gloria á Dios! exclamó el insensato: he demostrado que el papa, que se lisonjea de ser jefe visible de la Iglesia y vicario de Cristo, no es sino el príncipe de la Iglesia maldita, el vicario de Satanás, enemigo de Dios, adversario de Cristo, doctor de la mentira y de la idolatría, regicida, hombre del pecado, el Antecristo en fin. Ayúdeme Dios. Amen. » Tal fué el testamento del reformador sajón, que murió en Eisleben en 1446 y fué enterrado en Wittemberg. Nunca ha tenido la Iglesia mas temible adversario. « Al considerar su vida tumultuosa y agitada, dice Alzog, Lutero es el hombre mas sorprendente del mundo. Su valor innegable degeneraba fácilmente en audacia. Era infatigable su actividad, popular y seductora su elocuencia, era desinteresado su carácter, y su alma profundamente religiosa; y este sentimiento religioso que predomina en todos sus pensamientos, forma extraño contraste con sus hábitos de blas-

(1) Si el Ilmo. Sr. Palma hubiera leído detenidamente la historia de la vida de Carlos Quinto, hubiera visto que, á pesar de su dominante proyecto de aniquilar la herejía en su origen, se vió imposibilitado de ejecutarlo antes por los infinitos obstáculos que le movieron, 1º. los disturbios de las comunidades de Castilla, de la germanía de Valencia y las exigencias del Justicia mayor de Aragon, Lanuza; 2º. los Moros y corsarios, que hostigaban sin cesar las costas de España é Italia; 3º. las injustas guerras que le movian sin cesar, no solo Francisco I, sino muchos otros príncipes cristianos. Lo que hay que admirarse es de que á pesar de tantos obstáculos, los venciese, en fin, todos. (El Traductor.)

» femia, y con su lenguaje sarcástico y libre hasta la afectación. » Por lo demás, todas estas cualidades naturales de que hizo abuso tan lamentable, no borrarán nunca lo vergonzoso de su apostasía, el crimen de su rebelion, los rasgos groseros y puercos con que ha manchado su conducta y escritos, y en fin todos los males que ha acarreado á la Iglesia, á las almas, á toda la humanidad. « Ya, decia Erasmo, escribe como un » apóstol, ya habla como un bufon de teatro cuyas chanzas » groseras y pesadas pasan de raya, como si se olvidase, de un » golpe, del espectáculo que ha abierto en el mundo, y del » papel que hace en él. » Por una parte, prohíbe el uso de las armas en materias religiosas, y por otra proclama principios y se vale de un lenguaje que hubiera caído muy bien en la boca de los mas furibundos jacobinos de nuestra época. Se mofa como Voltaire, pero mata como Couthon y Marat. Cuando por una parte reclama la libertad evangélica mas lata, y el mas amplio y arbitrario derecho de interpretacion de que usa largamente en su provecho, ejerce sobre sus partidarios el mas duro y vergonzoso despotismo. ¡Qué ceguera tan incomprendible como la de reconocer una mision apostólica en aquellas agitaciones desordenadas, en aquellas empresas tan tumultuosas y desconcertadas, en aquellas luchas tan apasionadas, en aquella polémica tan implacable, que componian, todas estas cosas juntas, la vida del Reformador! « La mas vulgar razon, » dice Erasmo, me enseña que un hombre que ha movido en » el mundo tan espantosas borrascas, que no tenia placer sin » en palabras feas ó burlonas, no ha podido ser instrumento » de la obra de Dios. Una arrogancia como la de Lutero, sin » igual, supone locura, y no puede avenirse con las obras de » Dios un humor bufon y burlesco como el suyo. » Sin embargo los luteranos dieron á la memoria de su padre las honras que la Iglesia reserva á los santos, y cuya *escandalosa impiedad* habian echado tanto en cara á los católicos. El cardenal Palavicino compara con razon á Lutero con un gigante, pero abortado. Y en efecto, nada completo en el ingenio que desplegó: es una grandeza, pero disforme; una energía, pero

salvaje; una ciencia, pero indigesta; una fuerza, pero ciega y temeraria que solo pensó en destruir, pero que mas tarde tuvo que irritarse hasta contra las mismas ruinas que habia hecho.

22. Cuando el heresiarca dejaba á la Alemania como atestada de los descombros que habia amontonado su palabra, la Iglesia reunia en fin en un concilio general á todos sus obispos, doctores y teólogos, para cimentar con su concurso sus fundamentos conmovidos por los sectarios, para hacer brillar con todo su esplendor sus dogmas atacados por el error. Habian sido propuestas sucesivamente por Paulo III Mantua y Bolonia como sitio para la asamblea. La influencia de los príncipes protestantes las habia hecho mudar. Por fin el papa y el emperador habian fijado definitivamente su eleccion en la ciudad de Trento, cuya situacion en las fronteras de Alemania é Italia ofrecia la ventaja de una neutralidad política favorable á todos los partidos. Estas negociaciones habian tomado muchos años: mas por fin se abrió el décimotavo y último concilio general el 13 de diciembre de 1545. Era inmensa su obra. La Reforma luteriana habia ultrajado á todas las instituciones, y socavado todas las doctrinas. El concilio Tridentino, en nombre de la Iglesia universal á quien representaba, bajo la presidencia de los legados apostólicos, mediante una duracion de trece años [diez y ocho años], la mas larga de todos los concilios ecuménicos, consagró la forma definitiva de las instituciones, hizo triunfar la verdad de todos sus dogmas, y levantó á honra y gloria de la religion católica el mas completo monumento, el mas victorioso, el mas inatacable que hubo jamás. Cuatro soberanos pontífices se sucedieron en este intervalo. Pero el espíritu de Dios, que se transmitian con herencia gloriosa, inspiró todos sus actos, y presidió en todas las fases de esta inmortal asamblea. Juan María del Monte, cardenal-obispo de Palestrina; Miguel Cervini, cardenal-presbítero del título de Santa Cruz; Reginaldo Polo, cardenal-presbítero del título de Santa-María-in-Cosmedin, cuya heroica resistencia á la tiranía de Enrique VIII hemos referido, abrieron el concilio

en nombre del papa Paulo III. Solo se encontraron en esta primera sesion, sin los cardenales, cuatro arzobispos, veintidos obispos, cinco ó seis generales de órdenes, y gran número de doctores regulares y seculares. Pero los cuatro arzobispos representaban ya por sí solos las principales comarcas de la Europa cristiana. Olao Magno, arzobispo de Upsal, desterrado de su silla por la herejía triunfante, llevaba al seno del concilio los últimos suspiros de la Escandinavia católica. Roberto Wanschop, arzobispo de Armagh, primado de Irlanda, vino á dar testimonio á la antigua fe de la católica Irlanda. El arzobispo de Aix representaba la fe de san Luis, cuya sagrada herencia ha recogido tan fielmente la Francia. Y en fin, Pedro Tagliava, obispo de Palermo, representó la fiel Italia; la España y el Portugal, despues de haber expulsado el mahometismo de la Península, trabajaban por plantar la fe en el Nuevo Mundo, en Méjico, en el Perú, en el Brasil, en el Japon, en las Indias, en las Filipinas: sin embargo, estaban copiosamente representadas en el concilio Tridentino. La Alemania católica contaba al cardenal-obispo de Trento y al procurador general del arzobispo de Maguncia: pero la Alemania protestante enviará mas tarde diputados que solo traerán al concilio su obstinacion y mala fe.

23. Antes de entrar en el relato de las operaciones del concilio Tridentino, conviene fijar las ideas sobre el valor crítico de dos historiadores que nos han transmitido sus detalles, y que, perteneciendo á dos partidos diametralmente opuestos, presentan en su narracion la misma divergencia que tenian en sus principios. El veneciano Pedro Sarpi, mas conocido bajo su nombre de fraile servita Fray Pablo Sarpi, compuso, antes que otro alguno, una *Historia del concilio Tridentino*, que hizo publicar en Londres en 1619 bajo el pseudónimo de *Pietro-Soave-Polano*, anagrama de *Paolo Sarpi Veneto*. Fray Pablo era uno de esos caracteres hipócritas que, bajo respetables apariencias, ocultan un espíritu peligroso y corrompido. Habia sido seducido por las doctrinas luteranas, y les tributaba un culto secreto, pero conservando el primer estado que habia

abrazado. La república de Venecia le nombró teólogo consultor en sus discusiones con Paulo V. « Fray Pablo, dice Bossuet, protestante con capilla, que celebraba misa sin creer » en ella, y que permanecía en una Iglesia cuyo culto le parecía idolatría, no trabajó sino en incitar á la república de Venecia á una *separacion total no solo de la curia, sino de la Iglesia romana.* » Su historia del concilio Tridentino, que no osó firmar con su propio nombre, ni aun publicar en su patria, está sembrada de las opiniones hostiles que profesaba el autor contra la verdadera fe. Su publicacion descontentó á todos los católicos y reclamaron unánimes contra ella; y, como era natural, los protestantes la acogieron con entusiasmo. La congregacion del Índice la condenó en Roma con severas calificaciones. La Francia se irritó tanto mas cuanto que el hábito religioso hacia mas peligrosa su doctrina. Enrique IV creyó deber expresar su desagrado al senado veneciano, cuyo dogo mandó á Fray Pablo *que fuese mas mirado en lo sucesivo*. Este temiéndose alguna persecucion trató de prepararse, para un caso, asilo entre los protestantes alemanes, ó en la Inglaterra.

24. No podian los católicos dejar sin respuesta una obra tan funesta. En 1655 se publicó una *Historia* auténtica del concilio Tridentino conforme á las piezas originales conservadas en el archivo de San Angelo. Le valió el capelo á su autor el jesuita Palavicino, nacido en Roma, en 1607, de una ilustre familia. Entendimiento recto, juicio claro, carácter firme, Palavicino posee todas las cualidades de un buen historiador. Expresa su pensamiento con gran felicidad é ingenio: y analiza en su obra los documentos completos que obraban en su poder. Las discusiones tan complexas en una asamblea deliberante tan numerosa como la de Trento, se hallan reproducidas con su fisonomía distinta. Son rebatidos con la mayor lucidez todos los errores de Fray Pablo con respuestas sin réplica posible. El sabio jesuita ha puesto al fin de su libro una lista de trescientos sesenta y un puntos de hecho en que Fray Pablo es convencido de falsario y adulterador, sin contar numerosos errores que

refuta por todo el curso de la obra. La historia de Palavicino es una obra maestra, y nos servirá de guía en lo que vamos á atravesar sobre los trabajos del concilio de Trento.

25. Diez sesiones se celebraron bajo el pontificado de Paulo III. [En 1548, para aquietar á los revoltosos luteranos y hacerles esperar las decisiones del concilio Tridentino que ellos mismos se jactaban de querer obedecer y seguir, aunque hipócrita y maliciosamente, el emperador Carlos Quinto nombró á tres letrados, Julio Poslugio, obispo de Nertburg, Miguel Sidonio, y Juan Islebio Agrícola, para que redactasen un formulario al cual habian de atenerse los luteranos mientras, *interim*, se esperaban las decisiones del concilio. Se componia este formulario ó *Interim* de once artículos tocantes á la fe y á la disciplina. Pero no agradó ni á católicos ni á protestantes: no á los católicos, porque creyeron ver en él, no una mera medida de orden y gobierno, sino una usurpacion de poder eclesiástico de parte del emperador. Tampoco agradó á los protestantes, porque obrando siempre de mala fe, no querian sujetarse á un formulario hecho por católicos. Quedó pues frustrada la intencion de Carlos Quinto, que solo era sosegar los ánimos y dar treguas para hacer recibir insensiblemente la fe católica á los protestantes. Estos se rebelaron de nuevo, y tuvo que atacar y tomar las ciudades de Constanza y Magdeburgo, y castigarlas rigurosamente, para escarmiento de las demás ciudades protestantes.]

26. El concilio de Trento fijó desde luego el orden y modo de proceder: se convino en que se trataria á la vez en cada sesion la doble cuestion de reforma y de doctrina. En la cuarta sesion se publicó un decreto sobre las sagradas Escrituras. Se fijó el cánón de los libros sagrados tal como le tenemos hoy, se aprobó como auténtica la antigua edicion conocida bajo el nombre de *la Vulgata*, « y consagrada, dicen los Padres, por el » uso de tantos siglos. — Mas para contener en sus justos límites los espíritus turbulentos, añade, ordena el santo concilio que en las cosas de fe ó de moral nadie ose fiarse en su » juicio privado por la interpretacion de las sagradas Escrituras, dándoles sentido contrario al recibido por la Iglesia,

» solo juez verdadero en el sentido de las Escrituras, ú opuesto » al sentimiento unánime de los santos Padres y de la tradición católica. » Era condenar por su base al protestantismo; porque la reforma luterana se habia hecho en nombre de la libertad individual de interpretacion, y cada uno de los nuevos sectarios se creia con mision y derecho de juzgar á su modo del sentido de las Escrituras. — Como corolario de esta decision dogmática, se dió decreto de reforma obligando á la ereccion de cátedras de teología en todas las iglesias principales, é intimó « á los arciprestes, párrocos y á todos los prebendados » con cura de almas, de proveer por sí ó por personas idóneas » del clero al alimento espiritual de los pueblos que les estuvieron cometidos, enseñándoles lo que es necesario creer á » todo cristiano, para salvarse, dándoles á conocer en pocas » palabras los vicios de que han de huir y las virtudes que » han de practicar. » Se encargó á los obispos vigilasen en sus respectivas diócesis por la ejecucion de este decreto.

27. Afligió al santo concilio un incidente sobrevenido entre la cuarta y quinta sesion. Vergerio, legado del papa en Alemania, cuya entrevista con Lutero hemos referido, en lugar de combatir la *reforma* sucumbió á su influencia, sin disimular ya su inclinacion por las nuevas doctrinas. Carlos Quinto y los príncipes católicos veian con profundo dolor el que diese tan peligroso ejemplo un hombre revestido de la confianza pontifical. El emperador escribió pues á Paulo III para que llamase á su legado, y por otra parte Vergerio, temiendo al emperador, buscó un asilo en el seno del mismo concilio, esperando que la proteccion del cardenal de Trento le salvaria de los rigores que esperaba del juicio de Roma. Pero frustrado su designio, logró de los legados cartas de recomendacion tan eficaces, que se le dispensó de comparecer en persona ante el tribunal pontifical. A su peticion se cometió el conocimiento de su proceso al tribunal del nuncio y del patriarca de Venecia. Pero conociendo Vergerio lo espinoso de su situacion, rompió abiertamente contra la Iglesia y se retiró á la Suiza entre los herejes. Desde allí escribió, en estilo de Lutero, folletos contra la religion,

contra el concilio, contra el papa mismo. — En 1542, tres años antes, ya habia entristecido al catolicismo un escándalo semejante. Occhino, general de los Capuchinos, impelido de una desmesurada ambicion y de un espíritu de independencia tan opuesto á su santa profesion, se habia arrojado descaradamente en la reforma zuingliana. Causó al sumo pontifice el mas cruel sentimiento esta defeccion; porque el apóstata no se habia limitado á esta vergonzosa defeccion, sino que se casó públicamente, pasó á Inglaterra, recorrió la Alemania y Polonia, acogido por do quiera con entusiasmo por los sectarios, y sembrando por todas partes el odio contra Roma y contra la santa fe católica. [Pensó el papa Paulo III en abolir la órden de Capuchinos, creyéndola mas ó menos infecta por la influencia de su general. Pero habiéndose hecho una severa pesquisa é indagacion, se halló que la falta de Occhino, era personal, y que todos los religiosos de la órden continuaban siendo modelos de mortificacion, virtudes y celo por la fe católica y salvacion de las almas. No solo quedaron en posesion de todos sus privilegios, sino que el mismo Paulo III les continuó dispensando su benevolencia y colmó al instituto de las mas amplias gracias espirituales.]

28. El concilio Tridentino, despues de la fatal caida de Vergerio, continuó sus sesiones. Se habia aumentado ya el número de los Padres. Se contaban entonces nueve arzobispos, entre los cuales el arzobispo griego de Paros y de Naxos, unos cincuenta obispos, entre los cuales Jerónimo Vida, obispo de Alba en Toscana, de quien ya hemos hablado en el pontificado de Leon X, y Luis Lippomano, obispo de Modon y coadjutor de Verona. Este último, salido de una familia noble de Venecia, se dedicó desde muy jóven á las bellas letras y filosofía con inmenso aplauso. Su mérito le abrió la carrera de las dignidades eclesiásticas. Coadjutor de Bérgamo, obispo de Modon, coadjutor y obispo de Verona, y en fin obispo de Bérgamo, ejerció legaciones pontificias en Portugal, Alemania y Polonia. Bajo Julio III presidió, mas tarde, al concilio Tridentino en calidad de legado apostólico. Fué tan ilustre en santidad como en cien-

cia, dejando muchas obras, testigos de su erudicion y pureza de doctrina. Sus principales son: *Comentarios sobre el Génesis, Éxodo y Salmos; Vidas de los Santos; Estatutos sinodales y Sermones.*

29. La cuestion del pecado original era una de las mas embrolladas por la controversia luterana. ¿ La caida de nuestro primer padre atacó y vició á toda su posteridad? Zuinglio se pronunció por la negativa, sosteniendo que el hombre es hoy dia tan fuerte como en su origen. « Habiendo conservado su » libre albedrío, decia, esto le basta sin otros socorros para » merecer el cielo. » Lutero, abrazando un sistema opuesto, decia al contrario, que no solamente estaba degradado el hombre, sino que era incurable su decadencia. « Su libre albedrío » no le deja fuerzas sino para obrar lo malo; sus mejores acciones son pecado; y no es justificado sino porque Jesucristo » le imputa y aplica su propia justicia. » En vista de tantas contradicciones, los Padres hicieron su *Decreto sobre el pecado original*, estableciendo la verdad católica con la mayor precision. « 1°. Anatema al que negare que el primer hombre, por » su transgresion, no incurrió en la indignacion de Dios, y á » su consecuencia, en la muerte, con que Dios le habia amenazado antes, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder » y esclavitud del que despues ha tenido el imperio de la » muerte, esto es, del demonio; 2°. Anatema al que sostuviere » que el pecado de Adan no perjudicó sino á él solo, mas no » á su posteridad; ó que estando manchado por el pecado de » desobediencia, no ha transmitido al género humano sino la » muerte y penas corporales, mas no el pecado que es la muerte » del alma; 3°. Anatema á quien pretendiere que el pecado de » Adan, único en su especie y transmitido á su posteridad por » la generacion, pueda ser borrado por las solas fuerzas de la » naturaleza humana, ó por otro modo que no sea por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Anatema al que negare » que la sangre de Jesucristo no sea aplicada tanto á los adultos » como á los niños por el sacramento del bautismo, conferido » segun la forma y uso de la Iglesia; 4°. Anatema á quien

» negare la necesidad y eficacia del bautismo conferido á los
 » niños. — Sin embargo, añaden al fin los Padres, la intencion
 » del santo concilio, al hablar de la universalidad del pecado
 » original extensivo á todos los hombres, no ha sido compren-
 » der en su decreto á la bienaventurada Virgen María, madre
 » de Dios. »

30. La sexta sesion tuvo lugar el 13 de enero de 1547. Los embajadores de Carlos Quinto [don diego Hurtado de Mendoza y don Francisco de Toledo] habian recibido órden de retirarse de Trento por cuanto el concilio, á pesar de las reclamaciones del emperador, persistia en tratar primero de las cuestiones dogmáticas, sin proceder antes á los decretos de reforma que con tanta urgencia reclamaba toda la cristiandad. Apoyaban la reclamacion del emperador los diputados de los demás príncipes cristianos. Así se iban multiplicando las dificultades, y los Padres tenian que guardar miramiento con la política de las potencias católicas, y no dejar de mano lo que habian emprendido y que era tanto ó mas del servicio de Dios. Solo quedaba ya por resolver y determinar la creencia católica sobre la justificacion, doctrina ardua que habian ya tratado los mayores ingenios, y que habia desfigurado mucho el protestantismo. La discusion fué muy borrascosa : se hallaron algunos teólogos que hablaron de modificar el decreto en sentido algo cercano al error luterano ; pero la mayoría de los Padres se pronunció con fuerza á favor del dogma católico de la justificacion por las obras, juntas con los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. El concilio adoptó pues esta conclusion : « El pecador se justifica
 » cuando el amor de Dios, descendiendo á nuestros corazones,
 » toma raíz en nosotros en virtud de la pasion del Salvador y
 » por la iluminacion del Espíritu Santo. El hombre, hecho así
 » amigo de Dios, anda cada dia de virtud en virtud : se trans-
 » forma por la constante observancia de los mandamientos de
 » Dios y de la Iglesia : crece y progresa con las buenas obras,
 » y auxilio de la fe, en la justicia que le ha sido dada por los
 » méritos de Nuestro Señor Jesucristo. » Esta doctrina suponía la existencia del libre albedrío negado por Lutero. Por lo cual

el concilio pronuncia anatema « contra el que sostuviere que
 » despues del pecado de Adan se ha perdido ó apagado el libro
 » albedrío. » Su condenacion se extendia á todo el sistema protestante, cuyos errores fundamentales tocaban, como hemos dicho, al dogma de la justificacion. « Anatema, dicen los Padres
 » al que dijere que sin la *preveniente* inspiracion del Espíritu
 » Santo y sin auxilio suyo, pueda hacer el hombre actos de fe,
 » esperanza, caridad y contricion. — Anatema al que dijere
 » que el libre albedrío es un instrumento meramente pasivo
 » que en nada puede cooperar para la salvacion ; — al que
 » dijere que las obras que anteceden á la justificacion, cual-
 » quiera que fuere su naturaleza, todas son *pecados* ; — al que
 » dijere que el impío se justifica por sola la fe, etc. etc. » El concilio, despues de estos cánones sobre la doctrina, dió el decreto de reformacion, para la residencia de los obispos, pastores, abades, curas de almas. Se mandó igualmente la visita de las iglesias por los obispos, y se tomaron medidas para que las funciones episcopales no pudiesen ser ejercidas en lo sucesivo sino por los ordinarios de los lugares ó con su expresa licencia. Al mismo tiempo Paulo III expidió una bula que obligaba á la residencia, los cardenales como á los otros preladados á y les prohibia gobernar á la vez mas de una iglesia. Este rescripto pontifical fué recibido con unánime aplauso por el concilio.

La cuestion de los sacramentos era una consecuencia necesaria de la cuestion de la justificacion, y se trató de aquella en la séptima sesion, que fué el 3 de marzo de 1547. « La justificacion, desarrollándose poco á poco en el hombre, dicen
 » los Padres, no puede desentenderse de los sacramentos.
 » Comienza por ellos, y con ellos continúa cuando ha comen-
 » zado. Por medio de ellos se reconquista cuando se ha perdido.
 » Todos los siete sacramentos han de ser conservados tales
 » como subsisten ; su institucion se ha de referir al autor de
 » nuestra fe, pues que todas las instituciones de la Iglesia de
 » Cristo son comunicadas no solamente por las Escrituras sino
 » por la tradicion. Los siete sacramentos abrazan, como es de
 » ver, toda la vida y todos los grados por los que se desarrolla